



DE ATORMENTADO A FELIZ

Nací el mismo año de la II República. Hice el bachillerato interno en un colegio de religiosos escolapios desde los 10 a los 18 años, donde me inculcaron el horror a los pecados del sexto mandamiento y principalmente a la masturbación. En 1959, cuando estaba haciendo las prácticas de alférez de Infantería, y después de unos siete años de lecturas, conversaciones y debates, me convertí en un ferviente gnóstico laico. Nunca me he arrepentido; todo lo contrario. Hasta que asumí plenamente mi condición de homosexual y deseché toda idea de matrimonio, mis experiencias sexuales fueron, en un 85% homosexuales. Esto ocurrió cuando, a la muerte del dictador Franco me encontré ante la disyuntiva de salir del armario o mantenerme encerrado en él. Opté por seguir los dictados de mi conciencia y salir.

Mirando con una perspectiva de muchos años ha habido en el Estado español un cambio tan enorme, que parece increíble que se haya producido en la católica España. De vivir atormentados y en el desasosiego, por la tremenda intranquilidad de estar en pecado, por el pánico a las redadas de la policía y de que te aplicaran la nefasta Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, por si en el trabajo, las amistades y la familia descubrían tu condición, sin duda la más denostada de todas, hemos pasado, con penas y trabajos, todo sea dicho, a sentirnos seguros y felices, pienso que la mayoría de nosotros.

¿No es maravilloso que cada vez le sea más fácil a un adolescente asumir sus preferencias sexuales ante sus padres, sus amigos y en la escuela? ¿No es fantástico que un adulto ya no se sienta obligado a casarse para mantener su gran secreto en lo más profundo de su ser? ¿No lo es también que finalmente ya podamos manifestar públicamente nuestro afecto, nuestro amor sin ninguna cortapisa? ¿Y sobre todo, no es inaudito que ya puedan –los que lo quieran– casarse y formar una familia?.

Y todo esto, no debemos olvidarlo nunca, nos lo hemos ganado con nuestra lucha constante desde 1970. Nadie nos ha regalado nada. Hemos tenido que conseguirlo con esfuerzo y tenacidad, convenciendo a la gente de que nuestras reivindicaciones eran justas y nos eran debidas. **Armand de Fluvià** (Publicat a "Zero" nº 86, maig del 2006)